

Asia / Tailandia**En aras de un mundo mejor**

Sanitsuda Ekachai es la autora de este artículo, publicado por primera vez en el Bangkok Post el 23 de junio de 2005.

Todos morimos. Lo importante es que el mundo que dejemos atrás sea un lugar mejor que el mundo al que llegamos. A muchos de nosotros todavía nos queda mucho por hacer para conseguirlo. Por su parte, Miya Hawa ha superado con creces este listón.

Miya, a quien su familia y amigos llamaban cariñosamente Jaya, era una alegre madre musulmana y activista de base totalmente entregada a la causa ecologista. Murió a principios de mes debido a una dolencia cardiaca en su pueblo costero de Ban Jao Mai, en la provincia de Trang. Tenía 47 años. Dejó a su marido Yahed, pescador y también ecologista, y a cinco hijos.

Quisiera expresar mis profundas condolencias a Yahed, a los niños y a todos los pescadores de Ban Jao Mai que comparten los sueños y la determinación de Miya para devolver la vida a su mar, estéril durante tantos años.

Conocí a Miya en Jao Mai en 1994 mientras hacía un reportaje sobre Tone, un encantador dugón que se convirtió en el símbolo del movimiento ecologista de los pescadores de Trang.

Extrovertida y tenaz, Miya con su radiante y personal sonrisa y su reír contagioso no encajaba en absoluto con el estereotipo de mujer musulmana tradicional y sumisa. Con el tiempo Miya acabó trabajando codo a codo con su marido y otros pescadores en la batalla contra los arrastreros comerciales que destruían su mar. En cambio, no se identificaba para nada con el apelativo de feminista.

El motivo por el que abogaba por la rehabilitación de las praderas marinas y la protección de los dugones del mar de Trang era muy simple: «Lo hago por mis hijos», solía decir. Ban Jao Mai, al igual que muchos otros pueblos pesqueros del sur, hace ya tiempo que declaró la guerra a los grandes arrastreros que cepillan sus mares, destruyen praderas marinas y corales en los que se crían los organismos marinos.

Hacia 1990 los habitantes de Jao Mai, junto con ecologistas de la Fundación Yadfon, empezaron a rehabilitar los fondos marinos situados frente al pueblo. Tan sólo tres meses después la vida volvió a esas aguas. Para Miya y algunos de sus vecinos de Jao Mai ya no había marcha atrás.

Los arrastreros continuaron siendo una amenaza hasta que en 1994 la providencia les envió un dugón que bautizaron con el nombre de Tone. Insólitamente, Tone aparecía cada día en las aguas frente al pueblo Jao Mai para alimentarse. Con el tiempo ganó confianza y permitió a los humanos que lo tocaran. Cuando la noticia se propagó, llegaron muchos visitantes que, de paso, se enteraban de los esfuerzos de conservación emprendidos por los pescadores de Jao Mai. Finalmente, la presión popular obligó a las autoridades a mantener los arrastreros a raya. «Antes, los habitantes del pueblo decíamos que protegíamos el mar para salvar las praderas marinas y los dugones. Ahora resulta que son los dugones los que nos salvan a nosotros», acostumbraba a señalar Miya y concluía: «Entonces tengo que proteger a Tone por el bien de mis hijos».

Al cabo de un cierto tiempo, las redes de arrastre mataron al pequeño dugón. Su esqueleto todavía se conserva en casa de Miya, cuya comunidad—lejos de cejar en su lucha—se enfrenta con cada vez más vigor a los arrastreros.

Miya estaba orgullosa de los cambios de Ban Jao Mai a los que había contribuido. Los peces habían



vuelto. Los padres de familia ya no tenían que ganarse el sustento como asalariados en los arrastreros y sus esposas ya no debían dejar a sus hijos para irse a trabajar a las grandes fábricas de las ciudades.

Miya ayudó a fundar centros de pescadores en su pueblo y en toda la provincia de Trang y también fue uno de los motores de la campaña realizada por la Federación de Pescadores a Pequeña Escala en pro de mejores prácticas pesqueras y políticas de conservación.

El año pasado la Universidad de Mahido la galardonó con el título de Mejor Madre Ecologista.

Miya achacaba la generalizada destrucción del medio ambiente de Tailandia a la avaricia del Estado. El gobierno, argumentaba, contempla la naturaleza exclusivamente como un recurso que debe explotarse para obtener beneficios económicos. Por ello las autoridades menosprecian a los pobres en favor de los ricos y poderosos que destruyen la naturaleza en beneficio propio.

«Olvídense del dinero si éste trae consigo la erosión de los vínculos comunitarios», advirtió en una ocasión a políticos. «Cuiden el medio ambiente. Nosotros no podremos vivir si la naturaleza muere». ¿Y si estos consejos caen en saco roto? «Entonces debemos organizarnos nosotros mismos», respondía plenamente convencida.

Miya cumplió con la tarea de dejar tras de sí un mundo mejor. ¿Llevamos nosotros el mismo camino?

Para contactar con Sanitsuda Ekachai, redactora auxiliar del Bangkok Post, escribid a sanitsudae@bangkokpost.co.th